

---

# **La Revista de Santander**

**O**

**1931**

**Número 2**

**Cuarto tomo**

## SUMARIO

|                                                                                           | <u>Págs.</u> |
|-------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| ELÍAS ORTIZ DE LA TORRE: <i>Agustín Riancho, pintor montañés.</i> . . . . .               | 49           |
| TOMÁS MAZA SOLANO: <i>El autor de «Costas y Montañas» en la Historiografía Montañesa.</i> | 62           |
| A. P. B.: <i>La brick-barca «Tetuán» y el capitán Plasencia.</i> . . . . .                | 72           |
| FRANCISCO CUBRÍA SAINZ: <i>Tripticos de la Montaña.</i> . . . . .                         | 76           |
| MARCIAL SOLANA: <i>El Arzobispo don Joaquín de Santiyán, según sus cartas íntimas.</i> .  | 82           |
| JESÚS CANCIO: <i>Maretazos.</i> . . . . .                                                 | 94           |

## AGUSTÍN RIANCHO

### PINTOR MONTAÑÉS

#### I

El día 25 de setiembre de 1929 murió en Ontaneda el pintor Agustín Riancho, a los 88 años de edad. Había nacido y pasado los años de la infancia en la vecina aldea de Entrambasmestas; los de la mocedad en Santander y en Madrid; los del apogeo de la vida en Bruselas y en Amberes, en plena atmósfera de arte; la segunda mitad de su vida transcurrió callada y apaciblemente en el retiro del pueblo montañés que le vió nacer.

Alejado durante más de veinte años de España, y oscurecido luego en el rincón de la aldea nativa, su nombre no sonó nunca en los cenáculos artísticos madrileños, sus obras no figuraron sino rara vez en las exposiciones nacionales, y el radio de difusión que uno y otras alcanzaron apenas sobrepasó los límites de la provincia.

Entre los artistas y aficionados santanderinos de las nuevas generaciones aumentaba de día en día el interés que inspiraba la pintura fuerte y original de aquel pintor rústico que de vez en cuando aparecía por la capital con un cuadro debajo del brazo. El crédito de Riancho



Don Agustín Riancho

crecía dentro del pequeño círculo de los intelectuales montañeses. Estos que, gracias al Ateneo de Santander, habían logrado una solidaridad que hasta entonces nunca existió entre ellos, concibieron la idea generosa de hacer algo por sacar a Riancho de la oscuridad a que se había condenado. Organizaron una exposición de sus obras que se celebró en los salones del Ateneo el año 1922. El éxito obtenido superó a las esperanzas de los organizadores: para todos los cuadros expuestos hubo comprador. Riancho, viejo ya,

octogenario, saboreaba por primera vez el gusto del aplauso, y gracias al resultado pecuniario de las ventas, miraba sin temor (aunque él nunca le tuvo) hacia los años que le quedaban de vida.

En 1928, nuevo impulso de simpatía, nuevo anhelo de justicia: esta vez el acto de desagravio le inicia un aristócrata y se celebra en Santillana del Mar, entre gentes de mundo, en un ambiente exótico para el artista. El viejo pintor, con su aire de hidalgo rural (hermosa estampa quijotesca), se sienta a la mesa entre un grande de España y una archiduquesa de Austria, como su arquetipo se sentó entre el duque y la duquesa. La escena tiene algo de parodia irreverente, pero la buena intención la hace plausible.

Poco después muere el artista sin que su nombre llegara a traspasar los límites de la comarca, pese a los esfuerzos del cada vez más nutrido grupo de admiradores santanderinos.

Homenaje póstumo y nueva tentativa para llamar la atención de la crítica de arte, fué la exposición que de sus obras organizó el Ateneo de Santander en el verano de 1930. Reunióse en ella buena cantidad de cuadros, dibujos y litografías, fechados en un período de tiempo verdaderamente excepcional: de 1858 a 1929. ¡Setenta y un años de labor asídual! El intento constituye un fracaso para los amigos de Riancho, en relación con el fin que se propusieron. La exposición fué visitadísima, pero la prensa, aun la santanderina, solicitada por los cotidianos menesteres, no pareció enterarse del acontecimiento insólito que en la capital montañesa se estaba desarrollando.

Y sin embargo, el indiscutible acierto que el Ateneo de Santander tuvo al reunir en las salas del Museo Municipal todas las obras que pudo allegar del pintor de Entrambasmestas, ofrecía a la docta crítica una oportunidad para apreciar en conjunto la importancia de un artista poco estudiado y para fijar de una manera definitiva el lugar que le corresponde en la historia del paisaje moderno.

Propósito mío es el intentar ahora una y otra cosa, aun convencido como estoy de las dificultades que se oponen a una valoración justa y equilibrada. Vínculos de paisanaje, que en esta región norteña aprietan tanto como los del parentesco, hacen comprometido y difícil el enjuiciamiento. El afecto y la simpatía que los intelectuales montañeses sentimos hacia el veterano artista a quien conocimos como una supervivencia de otra época, tenderían a desbordarse en lirismos si éstos no fueran contenidos por el temor a incurrir en exageraciones con perjuicio del crédito que se trata de enaltecer.

Creemos que la Montaña está en deuda con uno de sus hijos más preclaros y deseamos contribuir a la obra vindicatoria con palabras sinceras, con cautos elogios que no alarmen a los críticos profesionales.

Nos proponemos escribir el nombre de Riancho en el sitio que le corresponde, sin tratar de asaltar por sorpresa puestos superiores a su jerarquía artística, y quisiéramos al mismo tiempo despertar la curiosidad y la simpatía de las gentes hacia ese hombre ejemplar, ese solitario del arte que vivió durante más de cuarenta años retirado en un rincón montañés, pintando por una necesidad biológica, sin recibir ningún estímulo del exterior.

## II

Agustín Riancho Mora y Gómez de Porras nació en Entrambasmestas (provincia de Santander) el día 16 de noviembre de 1841. Fueron sus padres Pedro Riancho Mora y Manuela Gómez de Porras, ambos naturales del mismo lugar, como lo fueron también los abuelos paternos y los maternos.

Es Entrambasmestas una aldea humilde que esconde su caserío entre la fronda de los viejos robles y castaños, a la sombra de los altos montes que separan la provincia montañesa de la de Burgos. Las aguas inquietas del río Luena, tantas veces pintadas por Riancho, corren por el fondo del estrecho valle donde se asienta la aldea y van a sumirse, a corta distancia de ella, entre las del río Pas que desciende de la vecina Vega, metrópoli del valiente pueblo pasiego.

Colindantes y parientes muy próximos de los pasiegos son los hijos de Entrambasmestas, y con ellos tienen de común la fortaleza física y moral, la despierta inteligencia y la constancia infatigable para el trabajo.

El país es pobre en recursos naturales: el terreno, excesivamente abrupto, da poco margen para el desarrollo de la agricultura y aun de la ganadería, principal sustento de aquellos aldeanos: por este motivo son muchos los naturales de Entrambasmestas que, como sus vecinos los pasiegos de Guzparras, emigran a Francia, en cuyas ciudades ejercen la industria ambulante, cargando con el bombo de los barquillos o arrastrando el carro de los helados.

Hoy, Entrambasmestas tiene fáciles y frecuentes comunicaciones con Ontaneda, importante estación termal unida por ferrocarril a Santander; pero en la época en que nació Riancho, aquella aldea, de limitadísimo horizonte, vivía en un completo apartamiento del mundo.



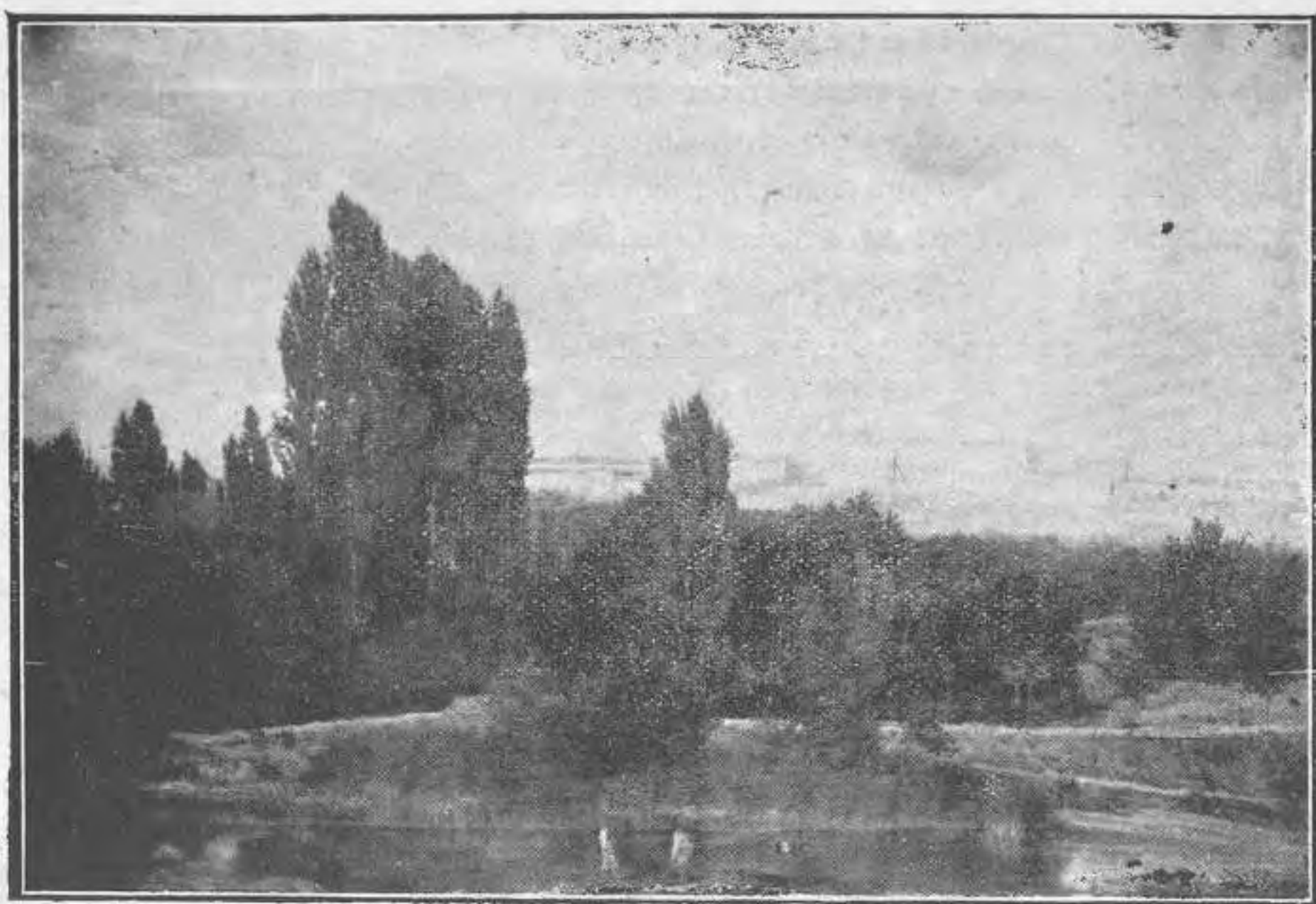
Desde muy niño empezó Agustín a mostrar una decidida vocación hacia la pintura. Sin que nadie le iniciara en ella, por natural instinto, aplicábase a imitar sobre los muros de la casa paterna los animales y objetos que habitualmente se presentaban ante sus ojos: las vacas, las cabras, las ovejas, la diligencia de Burgos que todos los días pasaba por la carretera próxima. De estos dibujos todavía se conservan algunos sobre las paredes de la casa.

de Retuerta que habitó de niño Riancho. Como en aquel pueblo se desconocían los lápices, el artista incipiente se valía para sus dibujos de un pedazo de leña carbonizada que cogía en el hogar.

Estas extrañas ocupaciones, tan inusitadas y jamás vistas en la aldea, parecían destinadas, según toda lógica, a tener un pronto y desastroso término; pero los padres del muchacho, modestos aldeanos para quienes la palabra *arte*, si alguna vez sonó en sus oídos, carecía de significado, en vez de recriminar al muchacho por sus raros esparcimientos, le alentaron y dieron todas las facilidades posibles para que siguiera entregándose a ellos.

La llegada a Entrambasmestas de un mozo que había hecho el servicio militar a las órdenes del duque de la Victoria fué un momento culminante en la vida del incipiente artista. El soldado, como hombre que había corrido por el mundo, era conocedor de muchas novedades, y entre otras, de la existencia de los lápices, nunca sospechada por Riancho. En cuanto éste la aprendió instó a su padre para que en el primer viaje que hiciera a la capital, a donde le llevaba semanalmente su oficio de carretero y recadista, adquiriera alguno de aquellos raros utensilios. En efecto, el tío Perico, que así llamaban al padre del pintor, se dirigió en Santander al fundador e impresor del *Boletín de Comercio*, don José María Martínez, quien le facilitó lápices y papel para el muchacho. Y no se contentó con esto, sino que interesándose por aquel rapaz que repartía su tiempo entre el cuidado de las vacas y el cultivo del arte, instó al carretero para que le llevara a Santander en su próximo viaje.

A la semana siguiente se trasladó Agustín a la capital en el carro de su padre, descalzo y vestido con una chaqueta de paño amarillo y una cinta del mismo color que le sujetaba el pantalonuco, detalle que hacía mucha gracia al pintor cuando, ya viejo, le recordaba. En esta guisa se presentó ante don José María Martínez, el cual, dudando que los dibujos que le presentaban los hubiera hecho aquel rapazuelo, le mandó que allí mismo retratara a su padre. No debió salir mal del empeño el joven Agustín, por cuanto el editor santanderino quedó tan satisfecho, que le tomó bajo su protección y rog



Ribera del Manzanares. 1859

*Propiedad de don Alberto Corral.*

condiciones de adquirir la necesaria cultura general y artística. Martínez y el regente de la imprenta fueron los primeros mentores artísticos de Riancho; a ellos mostraba sus trabajos escolares y los apuntes y notas que tomaba diariamente en su brujuleo por las calles de Santander, aquel Santander de mediados del siglo pasado, mercantil y mariner, con sus almacenes y sus escritorios, los cabildos de mareantes, las tabernas peredianas, donde olía a mar y a pescado, los bergantines y las fragatas que llevaban a América las harinas de Castilla y labraban la prosperidad económica de la capital santanderina, no cohibida entonces por la competencia de otros puertos vecinos.

Riancho nos ha dejado una impresión del Santander de 1858 en una litografía que dedicó a su protector don José María Martínez y que, hasta ahora, es la primera de sus obras conocidas.

No le bastó al fundador del *Boletín de Comercio* con dar hospitalidad en su casa al despierto mozo de Entrambasmestas, sino que, adivinando lo que el porvenir le reservaba, interesó a varios santanderinos acomodados para que entre todos suscribieran una pensión mediante la cual pudiera el artista trasladarse a Madrid e ingresar en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando.

Ya tenemos al pastor-artista camino de la corte. Recio, francote,

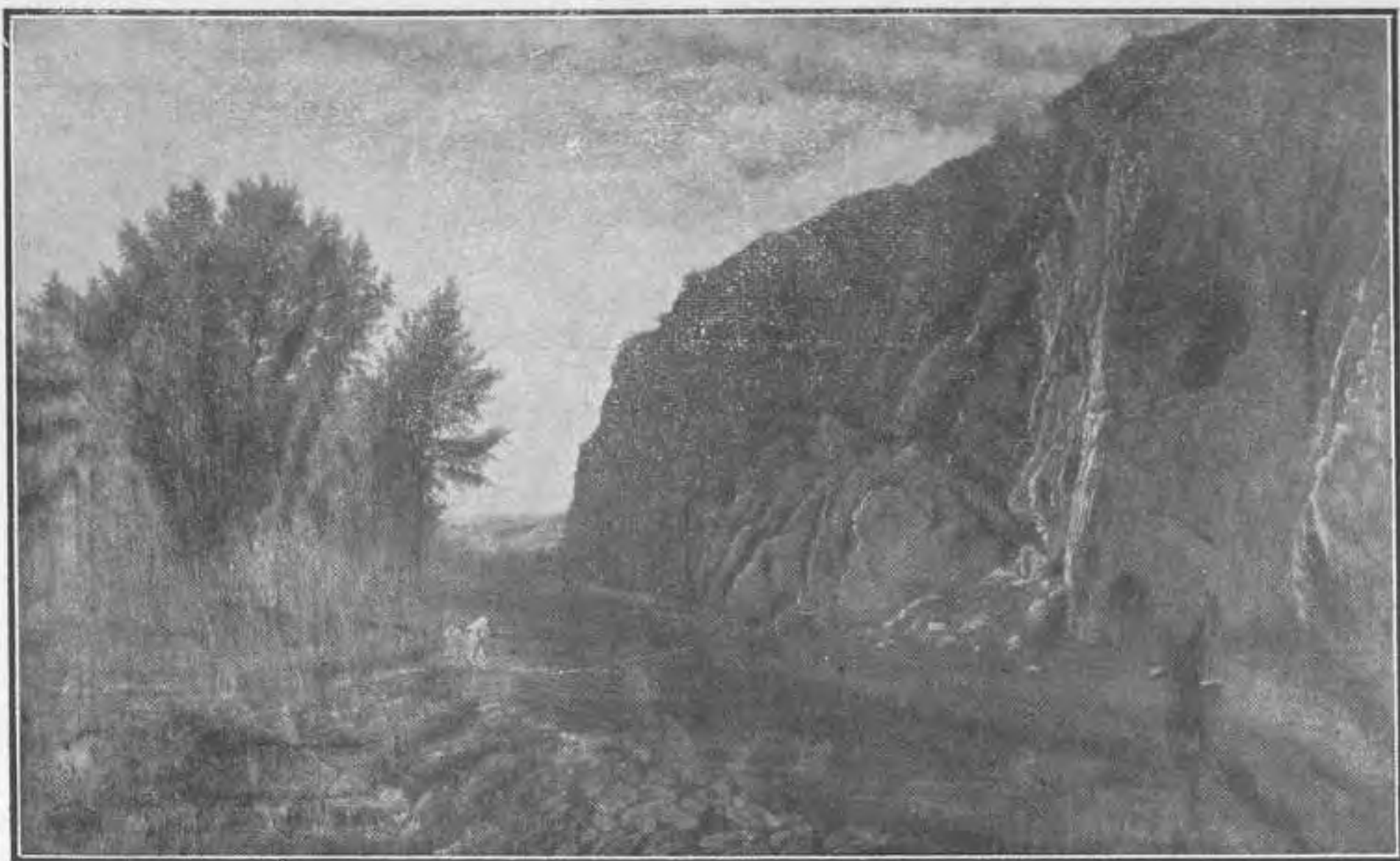
optimista y lleno de ilusiones, aunque no sin algún temor de defraudar las esperanzas de sus protectores, instálase en la casa de una familia montañesa: consoladora transición entre la intimidad del hogar cántabro y el ambiente extraño, desconcertante, de la corte.

### III

1856. Riancho llega a Madrid e ingresa como alumno en la Escuela de San Fernando. Aquel mismo año se celebra la primera Exposición General de Bellas Artes en las galerías del Ministerio de Fomento. Allí los ojos atónitos de Riancho, que nunca vieron más cuadros que los de las iglesias de Entrambasmestas y de Santander, contemplan las obras de Cano, Madrazo, Gisbert, Vera... Eduardo Cano, romántico trasnochado, un Delaroche frío y teatral, como su dechado, gana la primera medalla con un cuadro aparatoso, que, conforme a la moda de la época, lleva un título interminable: *Cristóbal Colón en el convento de la Rábida pidiendo pan para su hijo*. Pero, a buen seguro, que en el ánimo del joven montañés más impresión que el celebrado cuadro de Cano, producirían los pequeños paisajes de un pintor belga, establecido en Málaga, que luego había de ser su maestro y el de toda una generación de paisajistas, renovadores de este género en España.

Carlos Haes había nacido en Bruselas en 1829: pasó muy joven a Málaga donde su padre ejercía el comercio; volvió a su patria para aprender la pintura, y una vez pasados los años de aprendizaje, regresó a la ciudad mediterránea, desde donde en 1856 hizo sus primeros envíos a la Exposición de Madrid. En 1857 queda vacante la cátedra de paisaje en la Escuela de San Fernando, por muerte de Villaamil que la desempeñaba. Haes se presenta a la oposición y obtiene un triunfo. La enseñanza del paisaje en España sufre con esto una transformación radical. Haes introduce en ella una novedad asombrosa: enseña a sus discípulos a pintar el paisaje colocados ante un



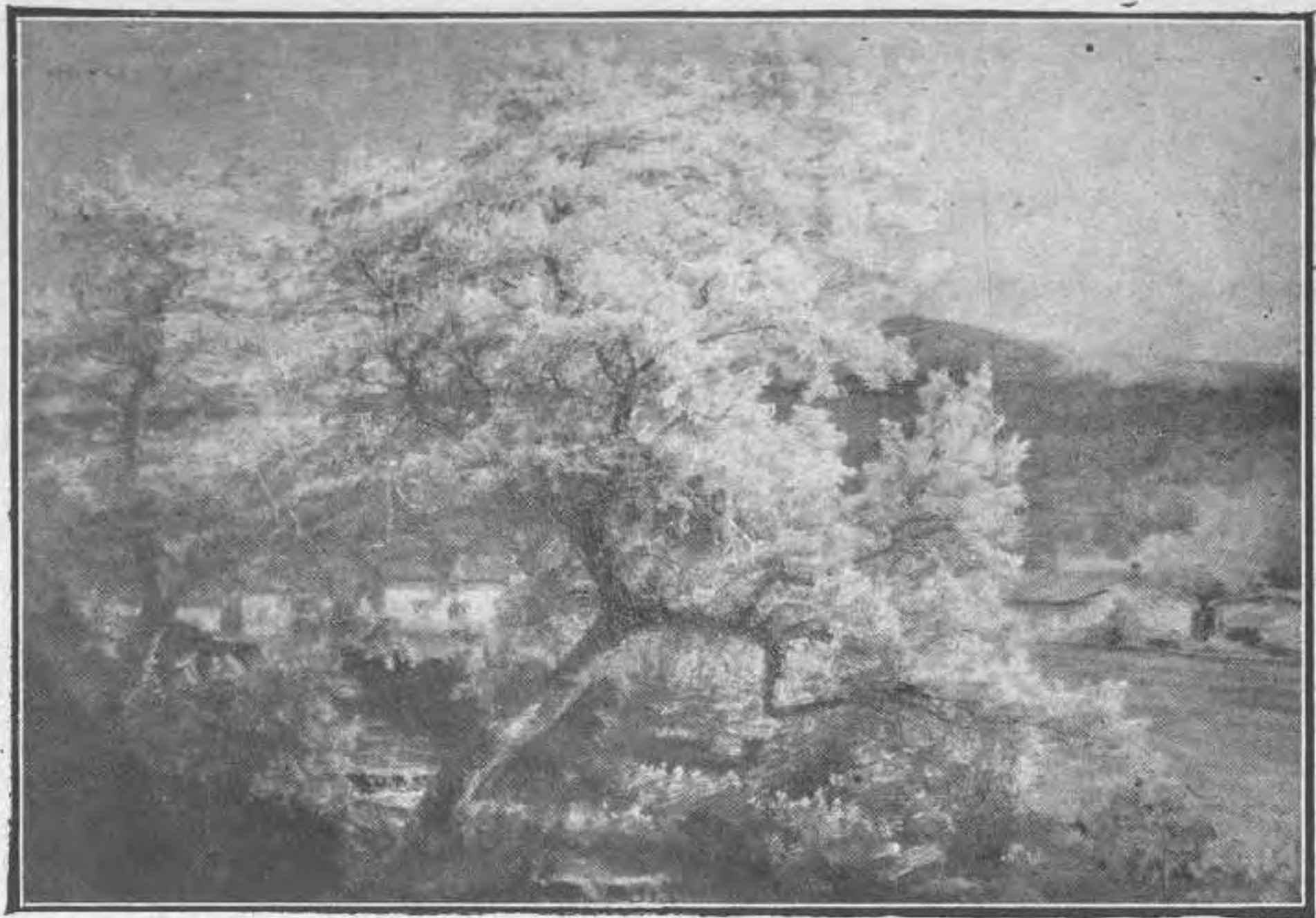


País con río

*Pertenece a la Excm. Diputación de Santander.*

mestas, el que empezó a trazar borrones aleccionado por la naturaleza, se compenetraría prontamente con aquel joven maestro que procuraba inculcar a sus alumnos el respeto y el amor hacia el natural.

Tuvo la suerte Riancho de hallar el maestro que necesitaba, el único que en aquel tiempo podía hacerse comprender por un muchacho para quien el paisaje no era una ficción retórica que se podía concebir leyendo a Virgilio, sino algo tan inmenso y al mismo tiempo tan íntimo, tan im



inexperto: los graves señores que han tomado a su cargo el porvenir del artista no pueden exponerle a una prueba demasiado fuerte. Amberes es población más tranquila y más identificable con el carácter de Santander: es ciudad de comerciantes y marinos donde tampoco faltarán (pues no faltaron nunca en la patria de Rubens) buenos pinceles.

Cabe también preguntarse si el consejo de Haes no influiría en la decisión: lo cierto es que Riancho fué enviado a Bélgica pension





Estaba dotado (en opinión del mismo crítico) de «un ojo lúcido al servicio de un alma ardiente de poeta que se entusiasma o se enternece ante los espectáculos risueños o melancólicos de sus lugares preferidos».

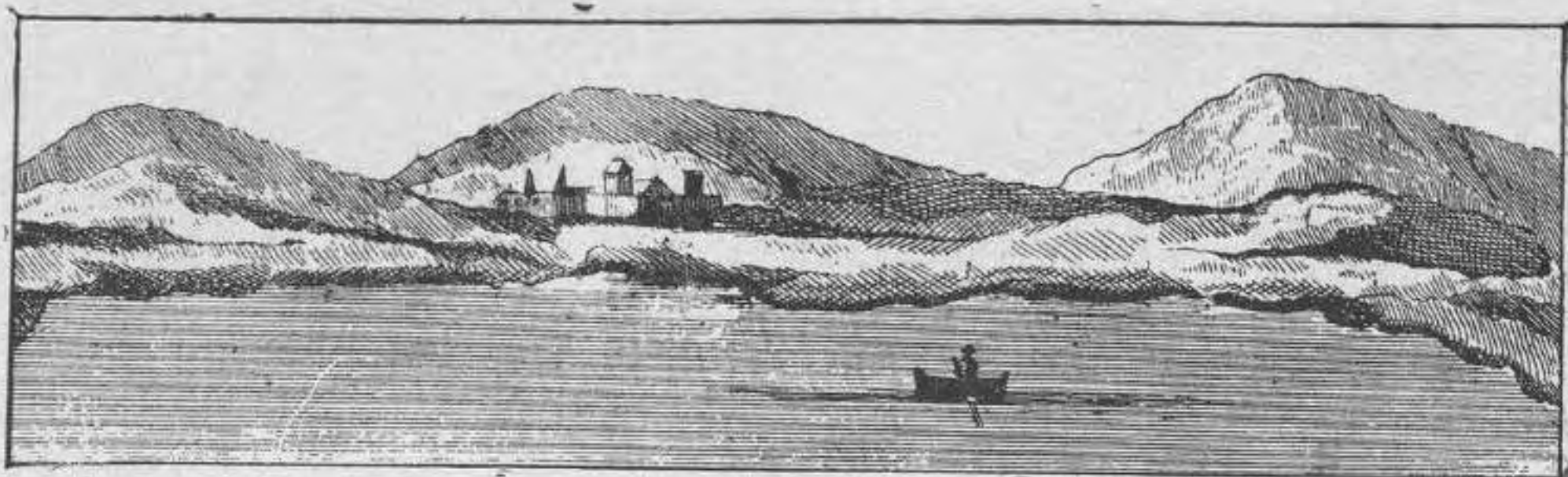
Acertada fue sin duda la elección y todo hace suponer que entre el maestro de Amberes y el discípulo montañés pronto se establecería ese trato familiar e íntimo que en otro tiempo hizo del taller una prolongación del hogar, a lo que contribuiría en no pequeña medida el carácter ingenuo y bondadoso del muchacho.

ELÍAS ORTIZ DE LA TORRE

Dibujos inéditos de Riancho.

*(Continuará)*





## EL AUTOR DE «COSTAS Y MONTAÑAS» EN LA HISTORIOGRAFÍA MONTAÑESA

«Querido e ilustre paisano: Quiero decirle a V. que estoy ya establecido en mi casa, calle del Correo, n.º 2, y la pongo a su disposición.

Ocioso me parece felicitarle por su entrada en la Academia; la opinión le tuvo a V. elegido antes de que la Corporación pensase en hacerlo.

¿Cuándo leemos el segundo tomo de *Herejías*? Lo espero

Académico Correspondiente, poniendo con ello de manifiesto la grande estimación que le merecían las excelencias de la prosa castellana que esmalta los libros de *Juan García*.

Por una carta que don Amós escribió a don Marcelino Menéndez y Pelayo el 30 de abril de 1889, nos enteramos de algunos detalles de este nombramiento.

«Mi cariñoso

El *Boletín de Comercio* del 14 de junio de 1875 recogía este acuerdo de la Diputación Provincial y le comentaba en los siguientes términos: «La proposición fué aprobada, quedando, en consecuencia, nombrado cronista de la provincia el Sr. Leguina, al que felicitamos sinceramente por la honrosa distinción de que ha sido objeto; teniendo el gusto de hacer extensivos nuestros cordiales plácemes al Sr. D. Amós de Escalante y Prieto, que ha sido honrado a la vez con la misma distinción. Acreedor era también a ello, sin duda alguna, el Sr. Escalante, que tanto

costosos grabados. De manera que como algún banquero no tenga la humorada de pagarlos y pagarse de una dedicatoria retumbante, corre peligro de pudrirse inédito lo más de ello»...

La carta a que hace referencia don Ángel de los Ríos, de la que se habló en el *Boletín de Comercio* del 18 junio de 1875, fué comentada por este periódico en estos términos: «Tenemos a

nombrados en esa época de Escalante, como ya afirmaba don Ángel de los Ríos, pero el hecho de esos nombramientos nos pone de relieve el auge y la importancia que alcanzaban, a la sazón, las investigaciones y estudios históricos en la Montaña y el favor que conseguían de las Corporaciones oficiales los que a ellos dedicaban sus actividades y afanes.

## SEMBLANZA DE JUAN GARCÍA COMO ESCRITOR HECHA POR ÉL MIS







las que don Amós de Escalante, «a quien la Naturaleza no le había negado ninguna condición de escritor» (1), contesta con primorosa forma a la pregunta que había hecho *Pedro Sánchez* en la prensa santanderina, queda igualmente bien a las claras reflejada en aquella frase en que habla de sus merecimientos como escritor escribiendo a Menéndez y Pelayo:

«En lo de amar a la Montaña, en lo de soñar con ella, y haber querido emplear en su obsequio mis aficiones de escritor, creo que voy a la par con sus más amantes hijos, pero de ahí no pasan mis merecimientos» (2).

Tan humilde concepto tenía formado de su personalidad como escritor el poeta ilustre que bajo la alegoría del *Martín-pescador* dijo de sí mismo:

«¡Tentación de muchos es  
ancho mundo en tí soñar!  
Yo nací para morar  
en mi cauce montañés» (3).

TOMÁS MAZA SOLANO

(Continuará)

---

(1) Marcelino Menéndez y Pelayo: Prólogo a las *Poesías de don Amós de Escalante...* (Madrid, 1907), pág. XXI.

(2) Carta de Escalante a don Marcelino Menéndez y Pelayo, 23 de junio de 1884.

(3) *Poesías de don Amós de Escalante...* (Madrid, 1907), pág. 84.







sigue lanzando a los mares y cielos esas ciudades flotadoras que hoy recorren, exploran y familiarizan los Continentes.

Desde el año 1863, vivió el capitán Plasencia en descanso amoroso de su hogar montañés. El 71 fué nombrado oficial de la Armada española por haber completado varios viajes alrededor del globo terráqueo. Desde el año 68 era profesor de la Escuela Especial de Náutica, de Santander. Fué maestro, director y consejero paternal de sus discípulos, de los que nacieron, como el

















































